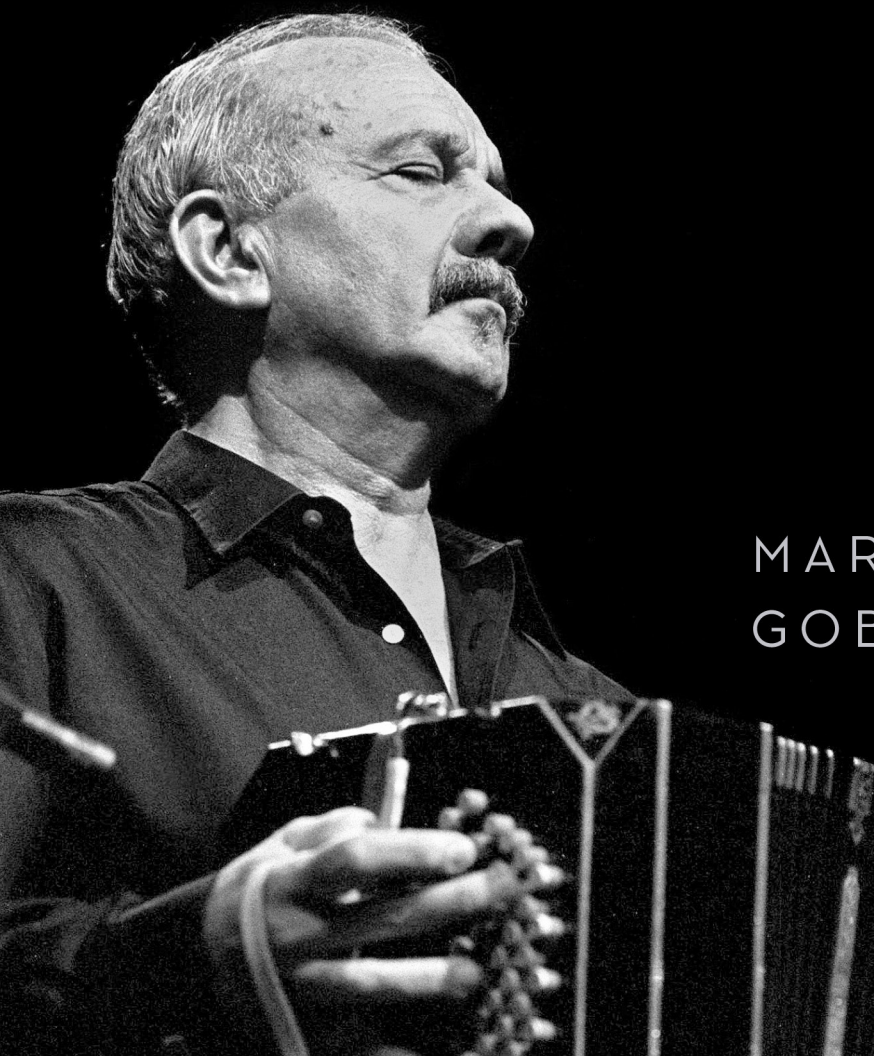


ASTOR PIAZZOLLA

MÚSICA EN ESTADO
DE REVOLUCIÓN



MARCELO
GOBELLO

MARCELO GOBELLO

Astor Piazzolla

Música en estado de revolución

ÍNDICE

<i>Palabras preliminares</i>	11
<i>Prólogo. Descubrir a Piazzolla me cambió la vida,</i> por Al Di Meola	13
<i>Introducción</i>	17
1. Lo que vendrá (1921-1939)	23
2. Invierno porteño (1939-1949)	75
3. El desbande (1950-1960)	95
4. Buenos Aires hora cero (1960-1970)	123
5. Libertango (1970-1978)	161
6. Triunfal (1979-1992)	183
7. Los dos quintetos (1960-1970 y 1978-1988)	209
8. Piazzolla en el cine	225
<i>Apéndice I</i>	
<i>Daniel Hugo Piazzolla: recuerdos de infancia</i>	243
<i>Apéndice II</i>	
<i>Entrevista de 1976</i>	249
<i>Agradecimientos</i>	267
<i>Para escuchar a Astor</i>	269

CAPÍTULO 1

Lo que vendrá (1921-1939)

Mar del Plata, la perla del Atlántico

Situémonos en la muy joven ciudad costera de la Argentina llamada Mar del Plata, que comenzó albergando un importante saladero y pronto se convirtió en el principal emplazamiento turístico del país. Bella como pocas, Mar del Plata en las dos primeras décadas del siglo XX conjugaba una serie de características que la hacían única, tanto en la Argentina como en Latinoamérica. Lujosa y aristocrática en sus paseos costeros —la exquisita Rambla Francesa—, hoteles de primera categoría, teatros tapizados en satén, finos restaurantes y exclusivos establecimientos comerciales —¡hasta la londinense joyería Mappin & Webb tenía una sucursal en la ciudad!—, o en los notables *cottages*, chalets y villas de las lomas vecinas al mar. Impresionante en su variada y salvaje geografía, con su privilegiado paisaje marítimo, sus kilómetros y kilómetros de playas, sus sierras, lagunas, bosques, quintas y chacras de extramuros. La ciudad hacía honor a futuras campañas de marketing turístico, sin duda alguna era «la perla del Atlántico», y para

el momento de la *belle époque* vernácula había desplazado a la zona bonaerense de El Tigre de las preferencias de los privilegiados de entonces. Como bien señalara el investigador Carlos A. Bozzi sobre Mar del Plata:

Nació de la mano del Brasil, comenzando a caminar por el empuje del ferrocarril británico y del sector industrialista de la oligarquía. Y fueron los grandes financieros de la primera década del siglo quienes la transformaron bella para las futuras generaciones motivando en la memoria de nuestros antepasados el recuerdo de una ciudad como no hubo otra en el país.

Pero unas décadas antes, hasta la llamada «Biarritz argentina», ubicada a 404 kilómetros al sur de la Capital Federal, necesitó de gente que se encargara de la mano de obra no especializada y los servicios, así que fiel a los postulados de los popes de la llamada Generación del 80, la ciudad recibió con beneplácito a miles de inmigrantes —en su mayoría italianos— que bajaron hasta sus costas para hacer todo aquello que no fuera disfrutar. Esta inmigración fue de vital importancia en el desarrollo de la ciudad, lo cual ya resultaba evidente en 1895: de los 8 175 habitantes censados ese año en Mar del Plata, 3 220 eran extranjeros, un 40 % de la totalidad.

Uno de estos inmigrantes llegado a Mar del Plata desde Trani, Italia, fue Pantaleo Piazzolla, un alto y fornido hombre de mar. De robusta complexión física, tez blanca, pelo rubio y ojos azules (parecía más un inmigrante del norte italiano que del sur), el aquí rebautizado Pantaleón arribó a las costas marplatenses junto a su esposa, Rosa Centofanti

—con quien se había casado en mayo de 1880— y su hijo Ruggero. El matrimonio Piazzolla se estableció en una cabaña de madera frente al mar —¡por supuesto!—, cerca de la zona del Puerto, que con los años fue conocida como la «casa del contraamaestre», haciendo uso de otro de los apodos con los cuales era conocido Pantaleón, siempre con historias marineras en los labios y el horizonte azul en los ojos.



Los abuelos paternos de Astor: Pantaleo Piazzolla, Rosa Centofanti de Piazzolla y sus tías Rosita y Teresa Piazzolla.

De hecho, su primer trabajo fue como pescador en las pequeñas embarcaciones comerciales —abuelas de las luego populares «lanchitas amarillas»— que navegaban la costa en busca del requerido fruto marino para los hoteles, restaurantes y mercados que albergaban a esa élite que encontraba en la joven ciudad, declarada como tal a partir de 1874, un lugar de descanso y veraneo extraordinario.

Además de pescador, trabajó de guardavidas y de portero en el Teatro Palace de la Rambla Bristol, donde se encargaba de mantener a raya a los curiosos. Era muy hábil con las manos, le gustaba tallar la madera o hacer barquitos que luego encerraba en botellas, y muchas veces, al atardecer, cuando se ponía más melancólico mirando al mar, hacía sonar un acordeón que había traído de Italia.

El 12 de noviembre de 1893 nació su primer hijo marplatense, al cual bautizó con el nombre de Vicente, quien, además de su hermano mayor, Ruggero, nacido en Italia, tuvo dos hermanas marplatenses, Rosita y Teresa. Vicente crecerá alto y espigado como su padre, y también adoptará la afición paterna a la talla de madera y al tañido del acordeón. Pero su verdadero interés no se desarrolló por el lado de la música o el arte, sino por el del deporte, más precisamente por uno muy nuevo —y costoso— que descubrió mirando a los «niños bien» en sus carreras por la costa: el motociclismo. Más allá del parecido físico que tenía con su padre —que era un hombre taciturno y serio, de muy pocas palabras—, Vicente tuvo otras características particulares: era jovial y risueño, andaba siempre haciendo bromas.

El propio Astor lo recordaba así en una entrevista que le hiciera el periodista Carlos Speratti en 1969: «Mi padre era un bromista increíble, incansable. Yo lo heredé de él, aunque con el paso del tiempo lo haya perdido en parte. Pero también lo aprendí de él, viéndolo. Al fin, seguí haciendo los chistes de él».

Pero más allá de su permanente propensión a los chascarrillos, Vicente Piazzolla poseía un carácter fuerte y determinado. Sus orígenes humildes no impidieron que su férrea voluntad y su capacidad de trabajo lo llevaran a lograr su anhelo de tener su propia motocicleta y correr con ella.

Trabajó de aprendiz de mecánico, de ciclistero, de todo lo que hiciera falta para ganarse la vida y de paso no alejarse de su hobby; de hecho, su afición le hizo trabar amistad con tres hermanos que, a pesar de pertenecer a un estrato social más elevado —eran grandes músicos que habían vivido en los Estados Unidos—, compartían su misma pasión. Estos hermanos eran los Bolognini: Remo, afamado pianista que finalmente se radicaría en Mendoza; Enio, primer violín de la orquesta de Arturo Toscanini, y Astor, primer cello de la orquesta sinfónica de Chicago.



Retrato de estudio
de Vicente Piazzolla, 1918.



Retrato de estudio
de Asunta Manetti, 1919.

El verdadero fanático de las motos era Astor Bolognini —quien había acortado su verdadero nombre, Astorre, porque no le agradaba—, razón por la cual cimentó una gran amistad con el joven Piazzolla. Para la época que le tocó hacer el servicio militar, a Vicente ya se lo conocía como el «loco» Piazzolla, un apodo cariñoso que le puso su compañero de barraca Moisés Olindo Manetti, otro marplatense con el cual estuvo bajo bandera en Campo de Mayo. La amistad con Moisés también fue significativa para su vida, ya que la hermana menor de este, Asunta Manetti, se convertiría en su gran amor y esposa de toda la vida.

El *pater familias* de los Manetti, Luis, era otra figura muy conocida y respetada en la ciudad de Mar del Plata. Italiano del norte, había emigrado desde la ciudad de Lucca, en la Toscana, junto a su esposa Clelia Bertolami, y fundado una de las quintas más conocidas de la ciudad, proveedora de requeridos vegetales y frutales, que Don Luis se encargaba de llevar en carreta diariamente a mercados y a hoteles. También fue el responsable de forestar la zona en la que se encuentra una de las plazas más antiguas y queridas del centro, la Plaza Mitre: muchos de los árboles que aún siguen en pie fueron plantados por Luis Manetti.

La amistad de Vicente con Moisés se fue consolidando y el hijo del «holandés» pronto se hizo habitué de la conocida quinta de los Manetti, una familia numerosa y animada a la cual le gustaba juntarse y pasarla bien. Y si bien uno de los diez hermanos, Checo, tocaba el acordeón como Vicente —en realidad mucho mejor, ya que los conocimientos del loco eran muy rudimentarios—, pronto el verdadero interés del joven Piazzolla derivó en poder ver y encontrarse con una de las hermanas menores de su amigo,

la encantadora Asunta, cuatro años menor que él, a la que apodaban la «petisa».

En un principio, la cosa no fue muy fácil para Vicente: don Luis no veía con buenos ojos que el hijo de un italiano del sur cortejara a su hija, pero con paciencia y esmero supo hacerse querer y respetar por sus futuros suegros, quienes finalmente lo aceptaron como candidato. En honor a la verdad, no había mucho para objetar, ya que el joven Piazzolla era trabajador y emprendedor, una persona que a pesar de su corta edad ya destacaba por ser —a pesar de sus bromas— muy serio y honesto. Como se estilaba en esa época, una vez aprobado el noviazgo, el mismo fue corto, y el 11 de octubre de 1918 se casaron Vicente Piazzolla (25 años) y Asunta Manetti (21).

La joven pareja se mudó a un pequeño cuarto que les alquiló una amiga de la familia, la calabresa Ángela Bridarolli, en cuyo frente funcionaba la bombonería y dulcería «La Marplatense»: la señora Bridarolli era famosa por hacer los caramelos más ricos de la ciudad. El inmueble estaba ubicado en pleno centro de la ciudad, en el 2527 de la calle Rivadavia, entre las actuales calles Santiago del Estero y Córdoba, de mano derecha viniendo del mar. A pesar de la austeridad en la cual vivía, el matrimonio Piazzolla era feliz compartiendo gustos simples: pasear por la Rambla, ir al teatro, visitar todos los fines de semana la quinta de los Manetti, y planear viajes en barco a tierras lejanas.

Si bien Vicente no era amante de ir a la playa, y no sintió nunca la tentación de subirse a un barco a navegar como marinero o pescador —recurso laboral muy común para los jóvenes no pudientes de la época en la ciudad—, algo de los genes aventureros de Pantaleón, sobreviviente de dos naufragios en mares europeos, habían pasado a él. Desde

pequeño miraba el mar con ansias de atravesar sus confines y trasladarse a lugares desconocidos; era un hombre inquieto que no titubeaba en tomar decisiones importantes y sostenerlas a fuerza de tenacidad y trabajo.

A mitad del año 1920, uno de los grandes anhelos de la pareja se hizo realidad: ¡Asunta estaba embarazada! La indescriptible alegría de ambos repercutió en un mayor sentido de responsabilidad y fuerza en el sostén de la casa. Para comienzos de 1921 Vicente tenía una bicicletería propia en la esquina de las avenidas Colón e Independencia. El 10 de marzo de 1921, apenas pasadas las 19, Vicente pasó a buscar a su esposa para ir al teatro en moto. Si bien la partera le había aconsejado a la inminente madre no moverse mucho, ya que podía dar a luz en cualquier momento, esta no quiso arruinarle la salida a su marido, quien estaba muy ansioso por escuchar los tangos que se cantaban en la obra que iban a ver esa noche. Se trataba de *Cuando un pobre se divierte*, el primer sainete del gran Alberto Vacarezza, autor de clásicos como *El conventillo de la Paloma* y *Tu cuna fue un conventillo*, además de gran amigo de Carlos Gardel.

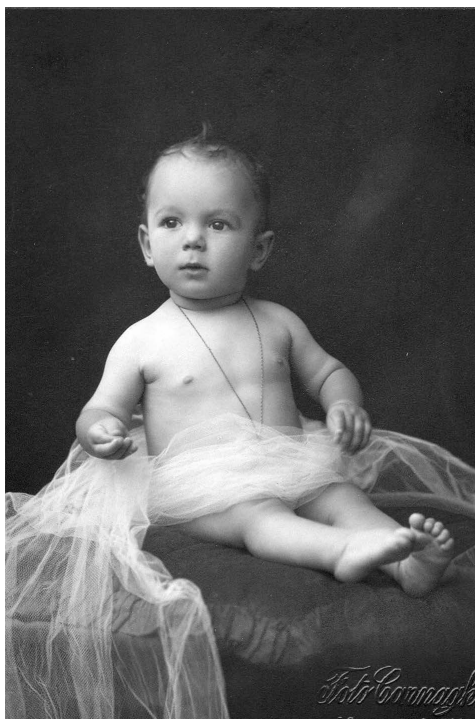
Y fue precisamente en el momento que se interpretaba el tango «La copa del olvido» (de Vacarezza y Delfino) que comenzaron los dolores de parto, lo cual obviamente obligó a la pareja a realizar una veloz retirada del teatro hacia su hogar de la calle Rivadavia.

Presa de los nervios, Vicente corrió la carrera más difícil de su vida, trasladando a su esposa en el sidecar de su moto, mientras trataba de esquivar pozos y transeúntes por el camino.

Vértigo y peligro —al arrullo de un tango— marcaron el extraordinario prólogo al nacimiento del esperado descendiente. ¿Presagio tal vez de una vida alejada de lo común?

Finalmente, ya en la calidez del hogar y con la ayuda de una partera, a eso de las dos de la mañana del 11 de marzo, la petisa Asunta Manetti dio a luz a un varoncito, al cual le pusieron como primer nombre el mismo que llevaba el mejor amigo del orgulloso padre —el loco Vicente Piazzolla— y como segundo el de su abuelo el holandés.

Durante una ventosa madrugada de finales del verano, a quinientos metros de las bravías olas del Atlántico Sur, en el corazón de la ciudad de Mar del Plata, Argentina, nacía Astor Pantaleón Piazzolla.



Retrato de estudio
de Astor, 1921.



Retrato de estudio
de Astor y su madre Asunta, 1921.

Astorcito

Más allá de la inmensa alegría por el nacimiento, un problema físico del recién nacido ensombreció el alma de los nóveles padres, sobre todo de Asunta: el pequeño Astor había nacido con un defecto llamado pie bot, una malformación que hace que el pie se oriente hacia adentro y hacia abajo.

Este problema físico marcó a fuego los primeros tres años de vida de Astor, en los cuales tuvo que soportar una estructura de hierro en la pierna derecha, además de siete operaciones, con sus respectivas internaciones, que lo separaban una y otra vez de sus padres. Y si bien todo este tema hizo que Asunta tomara la drástica decisión de no volver a tener otro hijo, en Vicente reforzó la determinación —y obsesión— de que su hijo no solo saliera adelante, sino que destacara como una persona especial.

Las operaciones y los estudios se realizaron en el Sanatorio Marítimo ubicado en la zona del barrio La Perla, en las calles Ituzaingó y España, donde actualmente funciona el Instituto Nacional de Epidemiología «Dr. Juan H. Jara». El destacado médico Alberto Rodríguez Egaña, cirujano principal del sanatorio, fue el responsable de la última operación, tras la cual su pierna quedó muchísimo mejor. Las secuelas fueron una leve delgadez de la pierna derecha respecto a la izquierda y dos centímetros menos de largo, lo cual resultó en una casi imperceptible renguera.

Los médicos habían recomendado a Vicente un cuidado especial para la pierna de su hijo, que consistía en el uso de una botas ortopédicas especiales y evitar los deportes

bruscos o que demandaran mayor esfuerzo físico. Pero el loco hizo caso omiso a las recomendaciones: no iba a tratar ni criar a su hijo con limitaciones. Todo lo contrario, le hizo practicar fútbol, natación, bicicleta y boxeo desde muy pequeño. ¡Y cuidado con que alguien osara llamarlo «rengo»! Un puñetazo era la única respuesta posible al mote, y no de parte de su padre, sino del mismo Astor. En su maravilloso libro *Astor* (Corregidor, Buenos Aires, 2005), Diana Piazzolla recogió este revelador recuerdo de su padre sobre el tema:

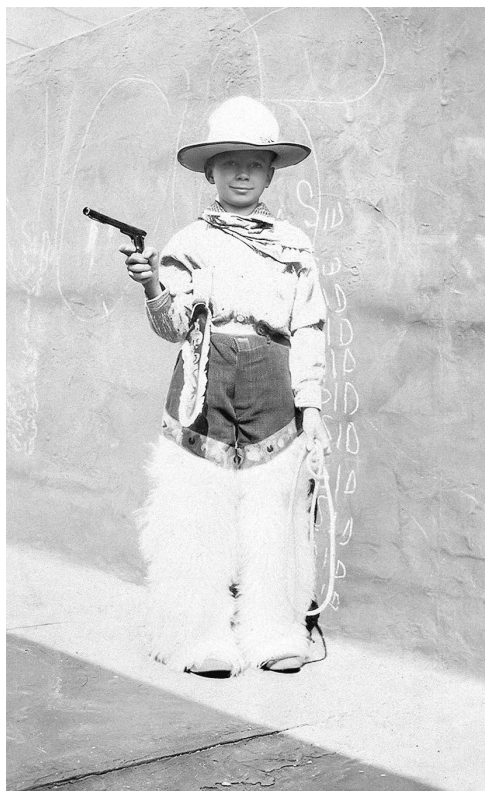
Nací con un problema en el pie. Estaba torcido para adentro. Algunos dijeron que podía ser una parálisis sufrida durante el embarazo. Nunca se supieron las causas, pero eso le hizo mucho daño a mi madre. Ese día decidió no tener más hijos. Sufrió demasiado, pobre vieja. Me hicieron un montón de operaciones para enderezar el pie. Fueron como siete. Recién en la última, realizada por un médico que no nos cobró un peso, el doctor Rodríguez Egaña, quedé mejor. La pierna quedó más delgada, pero el pie normal. Yo sé que eso me afectó. Recuerdo los días, los meses, vividos en el hospital. Muchas operaciones, mucho dolor, y lo peor era que de noche me quedaba solo. Mamá tenía que irse y recuerdo que yo lloraba mucho, gritaba porque me quería ir a casa. Creo que por ese problema mío a papá se le metió en la cabeza que yo tenía que ser algo grande. Tenía que superar la inseguridad que me daba el defecto en el pie. Él se propuso que yo hiciera todo lo que me prohibían, para salir adelante, para que no fuera un solitario o un acomplexado.

Más allá de las lógicas complicaciones, puede asegurarse que la primera infancia de Astor fue feliz y normal. Creció mimado y cuidado por dos padres cariñosos y pendientes, que sin tener una posición acomodada jamás le hicieron faltar nada. Tampoco fue un niño solitario, a pesar de ser hijo único, ya que la familia —sobre todo de la rama materna— contaba con un verdadero arsenal de tíos y primos con las más disímiles y atractivas ocupaciones y destrezas, sobre todo para los ojos de un chico. Había tíos que tocaban el acordeón y otros la guitarra, primos que cazaban con escopetas y otros que le enseñaban a pescar en la costa. Algunas tías lo llevaban a la playa y otras le preparaban unos raviolos chiquititos exclusivamente hechos para él. Tenía un nono alto y huesudo que le enseñaba nudos marineros y otro nono gordo y petiso que cultivaba las más ricas ciruelas y zapallos del mundo.

Fue en su hogar natal de la calle Rivadavia donde Astor tuvo a su primer amigo de la infancia, aquel con el que compartió los primeros juegos y travesuras. Una de las tres habitaciones que alquilaba doña Ángela Bridarolli estaba ocupada por la familia Lombardo —la otra por la familia Cataldi—, cuyo hijo menor, Jorge, era tan solo unas semanas mayor que el vástago de los Piazzolla. Nacido el 22 de febrero de 1921, Jorge Raúl Lombardo llegó a ser una de las figuras consulares de Mar del Plata, hombre fuertemente comprometido durante toda su vida con el quehacer político y cultural de la ciudad. Tanto es así que además de periodista llegó a ser funcionario y finalmente intendente, uno de los más recordados de su historia por su capacidad y honestidad.



Astorcito en Mar del Plata,
1925.



Astor vestido de cowboy
en Nueva York, 1932.

La historia de ambos amigos de la niñez, más allá de que hayan pasado largos períodos sin verse, se entrecruzó en varias y singulares oportunidades; una historia alimentada por el nexo de la gran amistad que existió siempre entre sus respectivas madres. Así nos lo relató el propio Jorge Lombardo con toda la lucidez de sus noventa años de vida:

Con Astor compartimos esos primeros e imborrables recuerdos de la más tierna infancia, esos olores y colores que no se olvidan. Mi madre y la suya, doña Asunta

o Nonina, como él siempre la llamó, fueron muy amigas y compinches toda la vida, aun después de ellos mudarse a Estados Unidos. Por ella es que siempre tuve noticias de lo que iba haciendo Astor, y me enteraba de sus logros y su amor por la música a pesar de casi no vernos de adolescentes. En realidad volví a cruzarme con él de grande, en 1961, cuando ya tenía una larga carrera por detrás y se presentó en el piso 14 del Banco Provincia, que era donde funcionaba por entonces la radio LU6. Yo era secretario de Gobierno y Hacienda del intendente Bronzini y Astor presentaba (me animo a decir que por primera vez) su Quinteto en Mar del Plata. Ahí nos reencontramos y fue algo muy emotivo, porque tocó por primera vez en su ciudad (y en la ciudad de sus padres, a los que quería tanto) nada menos que «Adiós Nonino». Recuerdo que terminó ese tema con lágrimas en los ojos. Años después, ya en la década de 1980, lo visité en París y me confesó de que a pesar de tocar ese tema prácticamente en todos sus conciertos y emocionarse siempre, algo especial le pasaba cuando lo tocaba en Mar del Plata.

Astor viajaba constantemente a la ciudad a ver a sus padres y a amigos, muchos de los cuales eran comunes a ambos, como Mario Sasiain o Líbero Paoloni. Cuando él comenzaba su carrera profesional en Buenos Aires, yo trabajaba limpiando ventanas en una librería y casa de música. Más adelante, cada vez que venía a tocar a Mar del Plata yo iba a verlo y por lo general en el intervalo se sentaba conmigo y charlábamos de la familia y cosas así.